

**ESCUELA DE PADRES POR CORRESPONDENCIA**

**Carta nº 157: La camiseta del maleducado**

Estimados padres:

Resulta, al tiempo, admirable y conmovedor, cómo algunas criaturas, incluso desde bien pequeñas, muestran plétóricas su satisfacción y entusiasmo al lucir las camisetas de diferentes clubes deportivos, una chapa de su cantante preferido o la sudadera con la efigie del personaje, actor o actriz de su predilección. Se espera, cuando así sucede, que por su comportamiento público no haya desdoro hacia la persona o institución de la que se presume y a la que se venera.

No menos deberíamos esperar todos (y contribuir con nuestra dedicación a ello) que nuestros hijos y alumnos se mostrasen muy identificados y orgullosos de vestir el uniforme colegial.

Porque además de un signo de distinción, de identidad, representa una circunstancia que nos vincula. El uniforme es el sello exterior de nuestra persona mientras estamos en el colegio o de camino. Pero hay más.

Es verdad que los tiempos y las costumbres han cambiado y, en no pocas ocasiones, para peor. Pero, en lo que nos afecta a aquellos de todos nosotros para los que el Bosco forma parte de nuestras vidas, debemos seguir actuando y consiguiendo ser felicitados y reconocidos en la excursión que se hace, la muestra que se visita o el certamen o competición en los que se participa. Y ello no puede dejar de ser una motivación extraordinaria y, en especial, en los tiempos de burricie que nos asolan, para que nuestros niños y muchachos sigan buscando, también en eso, la excelencia. Lo cual, por cierto, resulta más fácil a la vista de lo primario y elemental de tantos comportamientos que, tanto en jóvenes como en adultos, se aprecian de continuo y en cualquier ámbito.

Repetimos: no podemos ni debemos quedar hipnotizados ni embriagados por la ola de incivismo, mal gusto y carencia de los más elementales modos de corrección en el desarrollo de nuestra vida social. Ni siquiera cuando son los iconos de la juventud (o no tanto) los que preconizan y presumen de dichas trasgresiones.

El repugnante espectáculo de niños y mozalbetes gritando por la calle (no digamos en el autobús o en un centro comercial), el lenguaje soez con el que entre ellos se comunican -eso, sin estar enfadados- y, en general, los modos y usos que se gastan entre sí y para con los demás (incluyendo sus propias familias) tira en buena medida por tierra muchos de los esfuerzos por contribuir a su mejor formación y preparación para la vida que, desde las aulas y desde los hogares, se realiza cada jornada. Y ello, que podría parecer simplemente una cuestión formal va mucho más allá, constituyendo un indicador muy relevante de esa decadencia social y ese relativismo moral que nos asola. Por eso, de ninguna manera, los que asistimos, como alumnos o como educadores, a esta institución, podemos consentir que se instale entre nosotros nada que se pueda parecer a esa dejadez generalizada y a esa falta de compromiso y respeto, incluso hacia uno mismo.

Porque todos podemos y debemos colaborar a que ese estado de cosas cambie. Una pintada en una pared no se borra superponiendo otra sino repintando de blanco (o del color que corresponda) la misma y vigilando que no se vuelva a vandalizar. Así nosotros, hemos de trasladar a las generaciones más jóvenes que no hay nada de meritorio en dañar una marquesina, patear una papelera o meterse con un mendigo, una persona ebria o un discapacitado, por mucho que se viralicen por las redes semejantes actos miserables, refrendados con sus correspondientes “likes”.

Son cosas que hace tiempo ni hacía falta llamar la atención sobre ello porque eran obvias, se daban por supuestas y todos conveníamos en que el que las perpetraba no era digno de ser considerado un ciudadano cabal, tuviese la edad que tuviese. Paradójicamente, ahora que no cesan las proclamas (y exigencias) de que las aulas se conviertan en el emisor de toda clase de campañas -de tráfico, de salud, de información variopinta- es cuando más notable resulta la carencia, entre muchos escolares y universitarios, de las virtudes perseguidas.

Hay muchas formas de autoexcluirse en este mundo hipercompetitivo en el que nos ha tocado vivir y una de ellas es, precisamente, vestir día y noche la camiseta del maleducado. Y ello, porque por mucho que algunos representantes señalados de nuestra juventud coqueteen con algo más que membrilladas varias (algún día se les pedirá cuentas por ello) el mundo de la empresa y el institucional, al que tarde o temprano habrán de incorporarse los ahora niños y adolescentes, se mostrará implacable.

Decidámonos a superar estupideces: el aspecto también importa. Nadie, en su sano juicio, quiere habitar una pocilga ni vestir harapos o comer en platos sucios. Nadie debería aceptar que sus hijos o sus alumnos presumesen de trogloditas cuando sus comportamientos pasan de gansada a fechoría. Nadie. Y mucho menos los que somos herederos de una tradición de casi sesenta años, construida desde la modestia pero en permanente orientación hacia la superación. En todo. Especialmente en el saber estar y conducirse y en recibir con agrado lo que el conocimiento y el arte puedan hacer en quienes no quieren vestir la camiseta del maleducado.